

La pena de un esqueleto

A José Luis le llueve encima. Le lleva lloviendo horas, tantas que se le han calado los huesos, y ahora cuando chocan unos con otros cada vez que se mueve no emiten su característico tintineo, pues están algo reblandecidos por el agua. Pero a José Luis no le importa mojarse; no le importaba cuando era pastor y le sorprendía la tormenta en el monte con su rebaño, tampoco le va a importar ahora que no es más que un esqueleto y la tormenta le ha sorprendido sentado sobre su tumba.

José Luis suspira y el aire no sólo sale por los orificios de su nariz, sino que se escapa por las cuencas de los ojos, por la parte inferior de la mandíbula, por el agujero en el cráneo que le hizo la herradura de ese caballo endemoniado que le sorprendió con una coz y acabó en el acto con su vida. Esa coz parecía llevar en ella el rencor de toda la raza equina, reflexiona ahora José Luis, rabia causada por los milenios de sometimiento a los humanos, por tanto soportar su peso encima, por sus piernas abiertas sobre ellos para que todo el olor de sus partes más íntimas llegase a sus delicados olfatos, por arrastrar sus carros y arados sin más protesta que un relincho ocasional, acallado por una mano de látigo fácil. Por ello José Luis en el fondo entiende al caballo y no le guarda excesivo rencor, más allá del que naturalmente se guarda a quien acaba con la propia vida aunque sin conciencia de lo que se está haciendo, como es el caso de ese animal que durante años había sido manso y obediente hasta que se hartó y dio la coz del fin.

José Luis suspira nuevamente, y no lo hace por el recuerdo del caballo y su herradura hundiéndose en la que una vez fue una cabeza entera y redonda, con una abundante mata de pelo envidiado por los hombres de la comunidad, sino por la pena. Si él, el pastor José Luis, hubiese sido más cuidadoso, no habría llegado a su final con el cráneo agujereado, sino que habría podido esperar pacíficamente a la muerte, como un buen señor, sentado en una silla de madera, con los huesos artríticos como su padre, tos crónica por permanecer a la intemperie durante tantas tormentas, y la piel cubierta de arrugas.

“Lo que habría dado por poder ver cómo me quedaban las arrugas...” piensa ahora José Luis. Porque sí, a José Luis su propia muerte le da pena; esa es la mejor forma de referirse a su sentimiento de tristeza, impotencia, nostalgia, rabia y un toque de decepción, pero para no enumerar todas estas emociones, como no se enumeran todos los ingredientes de un guiso cuando simplemente se quiere conocer el nombre del plato, se bautiza a la mezcla como pena.

Y la forma de combatir la pena para José Luis es balancear los pies como hacía cuando era un chiquillo, uno adelante, otro atrás, y no pensar en nada más. Sus talones chocan contra la piedra gris de su tumba. La pervivencia de esa costumbre ha hecho que la inscripción grabada en la roca con su nombre se haya ido borrando a base de golpes con sus duros huesos, de modo que el Luis casi ha desaparecido, y un desconocido que visitase el pequeño cementerio de ese remoto pueblo castellano ya pensaría que el muerto era simple y llanamente José. Y como no queda nadie que le conociese en vida, el pobre esqueleto sabe que sus talones han borrado su segundo nombre de los anales del tiempo por tanto balanceo, y ya no hay vuelta atrás. Nunca hay vuelta atrás.

José Luis suspira otra vez, ahora de pena no por él mismo, sino por todos aquellos que le rodean, por sus tumbas, que no han erosionado sus talones sino el tiempo, de modo que los nombres grabados en ellas también empiezan a ser ilegibles. María Dolores Menéndez García ahora es “Dolor Méndez”, y a Eulogio Sánchez Sánchez, que en paz descansa, sólo le queda un Sánchez, y parece que murió no en 1869 sino en el año 18, teniendo con ello el placer de vivir cuando también vivía Jesucristo y de conocer el Imperio Romano, el mayor honor para un devoto de la fe católica y la historia, como se decía que era don Eulogio, primer maestro del pueblo. José Luis ha hablado alguna vez con él, pero don Eulogio es un esqueleto tranquilo, que prefiere no perturbar la paz de los gusanos que danzan encima de su tumba saliendo de ella, de modo que permanece bajo tierra la mayor parte del tiempo. Este es un hábito que José Luis ve extenderse cada vez más entre sus compañeros de cementerio, así que se siente algo solo. Quedan ya pocos esqueletos que salgan por las noches, y menos las noches de tormenta. Suspira por ello también.

Pero más que añorar la compañía de otros muertos, muertos que llevan muertos más tiempo que él, añora la compañía de los vivos que conocía cuando él vivía también. Por eso suspira de nuevo y piensa en su madre, pobre mujer, que dio a luz tantas veces, pero que no dejó nunca de preocuparse por todas las criaturas que había traído al mundo, hasta cuando se iban de este antes que ella, de modo que le estuvo llevando un ramito de flores todos los domingos hasta el día en que se marchó del pueblo. También piensa en Jacinto, amigo de la infancia, jugador nato de mus pero terriblemente malo al cinquillo, y en Teresa, la que podría haber sido su mujer, no si él no hubiese muerto, sino si ella no se hubiese casado antes con Juan, descarado granjero que no merecía la compañía de ella, mucho menos su mano, pero que fue rápido, más que él. Como su madre, ninguno de ellos ha sido enterrado en ese pequeño

cementerio. A José Luis sólo le queda pensar que se marcharon porque nada les retenía ahí, nada más allá de esqueletos enterrados, y eso no es nunca lo suficientemente poderoso.

José Luis piensa también en sus ovejas, en su manso rebaño. Daban una lana espesa y suave. Cuando alguna moría por un lobo en la noche, nadie la enterraba y grababa su nombre en una tumba de piedra. José Luis suspira por sus ovejas, y porque nunca verá sus esqueletos danzando, haciéndole compañía en las noches de lluvia. Él no puede salir de su cementerio. Y ellas no están allí. Suspira, suspira, suspira. La pena le empapa, igual que la lluvia. A golpe de suspiro, se va hundiendo más y más en ella.

Entonces escucha una voz.

– Me gustan más las noches despejadas.

Es don Ramiro, muerto sólo unos años antes que él. Está también sentado sobre su tumba, a unos metros de distancia, y le mira fijamente. Se nota que acaba de salir del sepulcro, pues aún sus huesos, huesos ancianos y algo encogidos, no están muy mojados por la lluvia.

– No me gusta la niebla, ni el frío, ni la lluvia – continúa diciendo el esqueleto –. Son cosas que tradicionalmente se asocian a la naturaleza de los muertos, de los esqueletos, o eso parece a partir de todas las leyendas e historias. Pero no entiendo por qué. A mí me producen un enorme rechazo. Será culpa de los que son como tú, que os quedáis aquí fuera sin pensar en el susto que podéis dar a cualquier buen hombre desprevenido que vuelva tarde a casa y pase por el cementerio.

José Luis ríe.

– A mí me gustan las noches de tormenta. Y si los buenos hombres no quieren llevarse sustos, que no pasen por aquí.

Llevaba semanas sin ver a don Ramiro. La última vez le encontró asomado al campanario de la pequeña iglesia del cementerio, dando breves golpes a las campanas para hacerlas vibrar.

– ¿Qué es lo que más echas de menos? – pregunta don Ramiro –. De la vida. Lo que más echas de menos de la vida – especifica –. Yo, en mi caso, los libros. Si trajeran libros en vez de flores... Todas esas rosas marchitas cuando las palabras son eternas, y podrías yo gozar de ellas, y entretenerme con algo en esta otra vida que es la muerte... Al menos las rosas son hermosas durante un par de días, eso no lo negaré. Como lo fuimos todos nosotros también.

José Luis piensa que ya ha suspirado mucho esa noche, pero vuelve a hacerlo. Sí, vivos todos fueron hermosos, pero de eso hace ya mucho tiempo. Golpea con el duro talón su tumba una vez más, y casi nota cómo con ello borra otro poco su nombre, pero así puede hacer frente a

la pena mejor, y reflexionar. José Luis echa de menos a su rebaño, ser pastor. Echa de menos a Teresa, y ser su pretendiente, y a Jacinto, y ser su amigo. También a su madre, y ser un hijo, un buen hijo espera. Y echa de menos la sensación de la lluvia de tormenta sobre la piel, no sobre los huesos, y paladear el queso de sus ovejas. Tantas cosas. Tantas cosas.

– Todo – responde al fin José Luis –. Yo echo de menos todo de la vida.

– Esto de la muerte es una lástima, ¿no crees? – pregunta Ramiro –. Una pena.

– Una pena – repite José Luis.

Los dos esqueletos permanecen un tiempo indefinido en silencio, sentados sobre sus respectivas tumbas. Cada uno tuvo su vida. Ahora cada uno vive su muerte.

Ramiro se levanta el primero.

– Me voy, chico. Ya se me ha metido el frío en los huesos – ríe para sí.

José Luis permanece sentado, y observa el panorama. Las tumbas viejas, el esqueleto en medio de ellas que regresa a la tierra, la iglesia recortada contra las nubes, y a lo lejos, el horizonte azul. Suspira y sigue sentado durante horas.

La lluvia para un poco finalmente. Ya no arrecia como antes; ahora sólo algunas gotas tenaces se atreven a caer sobre la tierra, cansada de tanta agua. José Luis sigue sobre su tumba, y nota penetrar en sus huesos la humedad. Siente resbalar por su clavícula el líquido caído de las nubes, que luego gotea y va rebotando en sus costillas, se filtra en la cadera, se desliza por el fémur, la tibia, el peroné, y finalmente se cuela entre las falanges de los dedos de los pies y da con el suelo. Suspira una vez más por la pena. Porque claro que a José Luis le da pena su propia muerte, y a quién no. Pero esa pena, lo sabe bien, no la sentiría si no le hubiese gustado la vida.

Decide que ya es tarde. La luna, que asoma entre jirones de nubes tormentosas, está muy alta, y parece reprocharle las horas de irse a dormir, como se las reprochaba su madre cuando era un niño que miraba por la ventana de noche, con miedo de que almas en pena se levantasen en el cementerio y le buscasen en su habitación. Sí, ya debía acostarse. Hora de volver a la tierra, de rodearse de ella en la oscuridad. Hora de volver al sepulcro, de que sus huesos dejasen de mojarse a la intemperie. Hora de volver a la tumba y llevarse a ella su pena de esqueleto.